



John Lennox, filósofo y apologista

Las raíces olvidadas de la ciencia

Extraído del libro *¿Ha enterrado la ciencia a Dios?*; Ed. Rialp; Madrid; 2011

En el corazón de toda ciencia se encuentra la convicción de que el universo es ordenado. Sin esta profunda convicción, la ciencia no sería posible. Entonces tenemos derecho a preguntar: ¿De dónde viene la convicción? Melvin Calvin, Premio Nobel de bioquímica, parece tener pocas dudas sobre su procedencia:

"Cuando trato de discernir el origen de esa convicción, parece que la encuentro en una noción básica descubierta hace 2.000 o 3.000 años atrás, y enunciada primero en el mundo occidental por los antiguos hebreos: a saber, que el universo está gobernado por un solo Dios, y no es el producto de los caprichos de muchos dioses, cada uno gobernando su propia provincia de acuerdo con sus propias leyes. Esta visión monoteísta parece ser la base histórica de la ciencia moderna".

Esto es muy llamativo en vista del hecho de que es común en la literatura rastrear las raíces de la ciencia contemporánea hasta los griegos del siglo VI a.C y luego señalar que, para que la ciencia proceda, la cosmovisión griega tuvo que vaciarse de su contenido politeísta. Volveremos al último punto a continuación. Simplemente queremos señalar aquí que, aunque los griegos ciertamente fueron en muchos sentidos los primeros en hacer ciencia en algo como lo entendemos hoy en día, la implicación de lo que Melvin Calvin está diciendo es que la visión real del universo que era de mayor ayuda para la ciencia, es decir, la visión hebrea de que el universo fue creado y mantenido por Dios, era mucho más antiguo que la cosmovisión de los griegos.



La visión real del universo que es de mayor ayuda para la ciencia es la visión hebrea de que fue creado y mantenido por Dios

Esto es, tal vez, algo que, para tomar prestado el lenguaje de Dawkins (que, notamos, él mismo tomó prestado del Nuevo Testamento), debería ser "gritado desde los techos de las casas" como un antídoto contra un rechazo sumario de Dios. Porque significa que la base sobre la cual se sostiene la ciencia, la base desde la cual su trayectoria ha llegado al borde del universo, tiene una fuerte dimensión teísta.



Una persona que llamó la atención sobre esta circunstancia, mucho antes que Melvin Calvin, fue el eminente historiador de la ciencia y el matemático Sir Alfred North Whitehead. Al observar que la Europa medieval en 1500 sabía menos que Arquímedes en el siglo III a.C y sin embargo para 1700 Newton había escrito su obra maestra, Principia Mathematica, Whitehead formuló la pregunta obvia: ¿Cómo pudo haber ocurrido una explosión de conocimiento en tan poco tiempo? Su respuesta:

"la ciencia moderna debe provenir de la insistencia medieval sobre la racionalidad de Dios ... Mi explicación es que la fe en la posibilidad de la ciencia, generada antes del desarrollo de la teoría científica moderna, es una derivación inconsciente de la teología medieval".

La sucinta formulación de C.S Lewis de la visión de Whitehead vale la pena anotar:

"Los hombres se volvieron científicos porque esperaban leyes en la naturaleza y esperaban leyes en la naturaleza porque creían en un legislador".

Fue esta convicción la que llevó a Francis Bacon (1561-1626), considerado por muchos como el padre de la ciencia moderna, a enseñar que Dios nos ha proporcionado dos libros, el libro de la Naturaleza y la Biblia, y que uno debería pensar en estudiar ambos para ser educado adecuadamente.



"La ciencia moderna debe provenir de la insistencia medieval sobre la racionalidad de Dios"

Muchas de las grandes figuras de la ciencia estuvieron de acuerdo. Hombres como Galileo (1564-1642), Kepler (1571-1630), Pascal (1623-62), Boyle (1627-91), Newton (1642-1727), Faraday (1791-1867), Babbage (1791-1871), Mendel (1822-84), Pasteur (1822-95), Kelvin (1824-1907) y Clerk Maxwell (1831-79) fueron teístas; la mayoría de ellos, de hecho, eran cristianos. Su creencia en Dios, lejos de ser un obstáculo para su ciencia, era a menudo la principal inspiración para ello y no dudaron en decirlo. La fuerza impulsora detrás de la mente inquisitiva de Galileo, por ejemplo, era su profunda convicción interna de que el Creador que nos había "dotado de sentidos, razón e intelecto" pretendía que no perdiéramos su uso y de alguna otra manera nos diera el conocimiento que nosotros puede alcanzar por ello. Johannes Kepler describió así su motivación:

"El principal objetivo de todas las investigaciones del mundo externo debería ser descubrir el orden racional que Dios le ha impuesto y equivalía, en su famosa frase, a "pensar los pensamientos de Dios después de él" que nos reveló en el lenguaje de las matemáticas".

Qué diferente, como lo registra el bioquímico británico Joseph Needham, fue la reacción de los chinos en el siglo XVIII cuando los misioneros jesuitas les trajeron las noticias sobre los grandes desarrollos científicos que tuvieron lugar en Occidente. Para ellos, la idea de que el universo podía ser gobernado por leyes simples que los seres humanos podían y habían descubierto era extremadamente tonto. Su cultura simplemente no era receptiva a tales nociones.

La falta de apreciación del punto preciso que estamos haciendo aquí puede generar confusión. No estamos afirmando que todos los aspectos de la religión en general y del cristianismo en particular hayan contribuido al surgimiento de la ciencia. Lo que estamos sugiriendo es que la doctrina de un único Dios Creador que es responsable de la existencia y el orden del universo ha jugado un papel importante. No estamos sugiriendo que nunca haya existido un antagonismo religioso hacia la ciencia. De hecho, la ciencia a menudo fue "seriamente obstaculizada por la iglesia cristiana, incluso cuando dentro de ella los principios de las ideas modernas estaban surgiendo. Como ejemplo, la teología agustiniana –que dominó Europa durante 1.000 años– tuvo un poder y una belleza que llevaron a grandes contribuciones a las artes en la Edad Media, pero su "escatología que perpetúa la idea de la decadencia y el colapso del mundo y de la salvación como redención de ella, dirigió la atención del mundo hacia el superterrestre, mientras que su concepción del universo sacramental solo permitía

A otras culturas como la china, "la idea de que el universo podía ser gobernado por leyes simples que los seres humanos podían y habían descubierto era extremadamente tonto"



una comprensión simbólica de la naturaleza y un uso religioso e ilustrativo de ella, "así" adoptando y santificando una perspectiva cosmológica que tuvo que ser reemplazado si se iba a hacer un progreso científico'. Torrance también dice que lo que a menudo desalentó seriamente la mente científica fue una "noción endurecida de la autoridad y su relación con el entendimiento que se remontaba a Agustín ... que primero dio lugar a amargas quejas contra la iglesia". Galileo es un buen ejemplo, como veremos a continuación.

Sin embargo, Torrance da un fuerte respaldo al tenor general de la tesis de Whitehead: "A pesar de la desafortunada tensión que tantas veces ha surgido entre el avance de las teorías científicas y los hábitos tradicionales de pensamiento en la iglesia, la teología todavía puede afirmar siglos las creencias e impulsos básicos que han dado



lugar especialmente a la ciencia empírica moderna, aunque solo sea a través de su fe inquebrantable en la fiabilidad de Dios el Creador y en la máxima inteligibilidad de su creación".

John Brooke, el primer profesor de ciencia y religión de Oxford, es más cauteloso que Torrance:

"En el pasado, las creencias religiosas han servido como presupuesto de la empresa científica en la medida en que han asegurado esa uniformidad (...) una doctrina de la creación podría dar coherencia al esfuerzo científico en la medida en que implicó un orden confiable detrás del flujo de la naturaleza (...) esto no necesariamente implica la fuerte afirmación de que sin una teología previa, la ciencia nunca habría despegado, pero sí significa que las concepciones particulares de la ciencia mantenidas por sus pioneros eran a menudo informado por creencias teológicas y metafísicas."

Más recientemente, el sucesor de John Brooke en Oxford, Peter Harrison, ha presentado un caso impresionante de que una característica dominante en el surgimiento de la ciencia moderna era la actitud protestante hacia la interpretación de los textos bíblicos, que ponía fin al enfoque simbólico de la Edad Media.

Por supuesto, es notoriamente difícil saber "qué hubiera pasado si ...", pero seguramente no es demasiado decir que el aumento de la ciencia se habría retrasado seriamente si una doctrina particular de la teología, la doctrina de la creación, no hubiera estado presente: una doctrina común al judaísmo, el cristianismo y el islam. Brooke emite una sana advertencia en contra de exagerar el caso: el hecho de que una religión haya apoyado la ciencia no prueba que la religión sea verdadera. Muy cierto, y lo mismo puede decirse, por supuesto, del ateísmo. (...)